

Mancha
BRAVA



Antonio Orjeda

MANCHA BRAVA. MAESTRAS

Autor:
© Antonio Orjeda

Diseño y diagramación: Enrique Gallo.
Portada: Ángela Acevedo.
Logo de Mancha Brava: Alexandra Grau.
Ilustraciones: Hitoshi Vargas, Flavia Macedo (Folkánica),
Daniela de los Ríos, Ta.Mi.Ki., Sandra Travezaño (SOMUS),
Carla Montalvo, Claudia Suárez, Frida Chamochumbi
y Rebeca Morimoto.

Editado por:
Antonio Orjeda EIRL
para su sello editorial MAOZ
Calle Trípoli N° 242. Dpto. 702 – Miraflores
Telef. 961521016
aorjeda77@gmail.com
Lima – Perú

Primera edición, noviembre 2024
Tiraje: 2.000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°: 2024-12444
ISBN: 978-612-49856-0-7

Se terminó de imprimir en noviembre del 2024 en:
Vértice Consultores Gráficos SAC
Av. Boulevard 1040, Ate

Todos los derechos reservados. Está permitida la reproducción total o
parcial de esta obra, siempre y cuando no sea con fines comerciales.

Para Gilberto y Ana María,
los primeros maestros
a los que conocí.

Prólogo

Es un honor escribir el prólogo de esta nueva publicación de Antonio Orjeda, un curioso explorador de historias de vida de mujeres que, en este caso, dan evidencia de la importancia de ser personas con un propósito claro de servir.

La educación, como camino y herramienta de transformación social, se ve enriquecida por las historias de mujeres valientes que han decidido desafiar las normas establecidas y fomentar un futuro más justo y esperanzador. A través de relatos conmovedores y llenos de dedicación, este libro celebra el poder de la enseñanza y el impacto que una sola persona puede tener en su comunidad.

Algunas de estas educadoras han enfrentado adversidades personales, desde problemas de salud hasta el rechazo de sus familias, solo para reclamar su derecho a educar. Con pasión y determinación, se lanzaron a utilizar la tecnología o estrategias innovadoras en sus aulas, convirtiendo desafíos en oportunidades de aprendizaje para sus estudiantes, quienes a menudo provienen de contextos difíciles. Otras han encontrado en sus experiencias de vida la chispa que les motiva a enseñar, creando un ambiente donde cada niño y niña no solo aprende contenidos, sino que se siente valorado y escuchado.

Sus caminos están marcados por un compromiso inquebrantable con la educación, representando la esperanza de que cada estudiante puede superar limitaciones y pobreza con el conocimiento adecuado.

Este libro es una invitación no solo a conocer sus historias inspiradoras, sino también a reflexionar sobre nuestro papel en el proceso educativo. Nos recuerda que, como educadores, padres y ciudadanos, tenemos el desafío y la responsabilidad de crear espacios donde se fomente la curiosidad y el deseo de aprender.

La firmeza de estas mujeres nos recuerda que, en el corazón de la educación, yace la capacidad de moldear un futuro más brillante para las generaciones venideras. Al sumergirte en sus relatos, te invito a descubrir cómo su determinación y creatividad no solo han cambiado vidas individuales, sino que también han sembrado las semillas de un cambio social significativo.

Que a través de sus historias descubras que una mujer maestra toca la vida y el futuro de sus estudiantes de una manera muy particular porque, además de formar a otros, da testimonio de lo crucial que es empoderar y dar oportunidades de desarrollo personal y profesional a cada mujer peruana.*

Elsa Del Castillo Mory
Profesora principal de la Universidad del Pacífico

Ilustrado por: Rebeca Morimoto



Elizabeth Canchari

SARHUA, AYACUCHO

Señorita Revolución

Una mañana, siendo aún escolar, Elizabeth despertó habiéndose soñado como maestra de escuela. Nacida en Sarhua, un pequeño distrito ayacuchano, al poco tiempo partió a Lima. Allí hizo el colegio, después la universidad y, tras unos años ejerciendo la profesión de sus sueños, tomó una decisión radical: regresar a Sarhua para ser maestra allá.

Para muchos fue una locura. Para ella, no; y eso es lo que importa.

Elizabeth creció entre San Juan de Lurigancho y La Victoria. Desde los 7 años su abuela la despertaba a las cuatro de la mañana para ir al Mercado Mayorista a comprar papas y verduras que luego vendían en los alrededores. “Tú que tienes estudios puedes sacar mejor las cuentas”, le decía. De ahí, se iba a la escuela... Durante la secundaria también trabajó.

“Cuando eres pobre, tienes que aprovechar cualquier oportunidad. De eso depende tu supervivencia”.

Su papá los dejó. Eso complicó aún más su sueño de ser profesional, pero no la frenó. Ni bien llegaba de la chamba, se dedicaba a estudiar. Todos los días, hasta pasada la medianoche. Elizabeth ingresó a una universidad pública y, una vez ahí, se unió a un grupo de estudiantes provincianos que no paraba de debatir. Una tarde se armó una discusión sobre las diferencias: ¿Por qué en Lima el alumnado tenía tantas facilidades y en sus tierras no? ¿Qué podían ellas y ellos hacer?

“La única solución es regresar. ¿Quiénes se atreven?”.

Uy, su propuesta sacó chispas: ¡Cómo vamos a regresar a nuestras tierras! ¡Esa alternativa es tonta! ¡Quién va a querer retornar al atraso!

En total, serían unos cuarenta futuros docentes. ¿Cuántos se sumaron a su propuesta? Cinco, incluida ella; y ella cumplió su palabra.

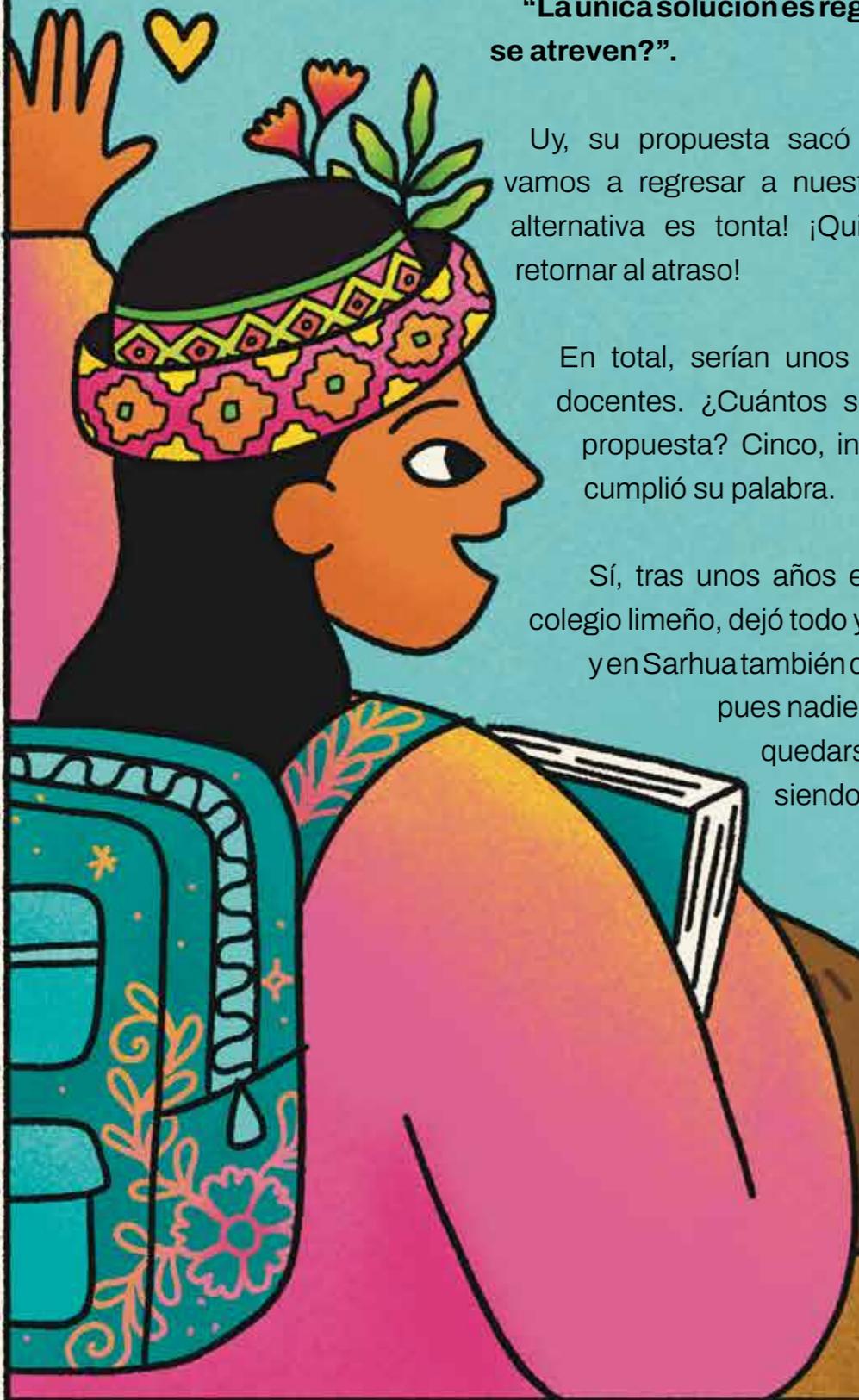
Sí, tras unos años enseñando en un colegio limeño, dejó todo y partió a su tierra; y en Sarhua también causó conmoción, pues nadie había vuelto para quedarse, ¡mucho menos siendo profesional! En

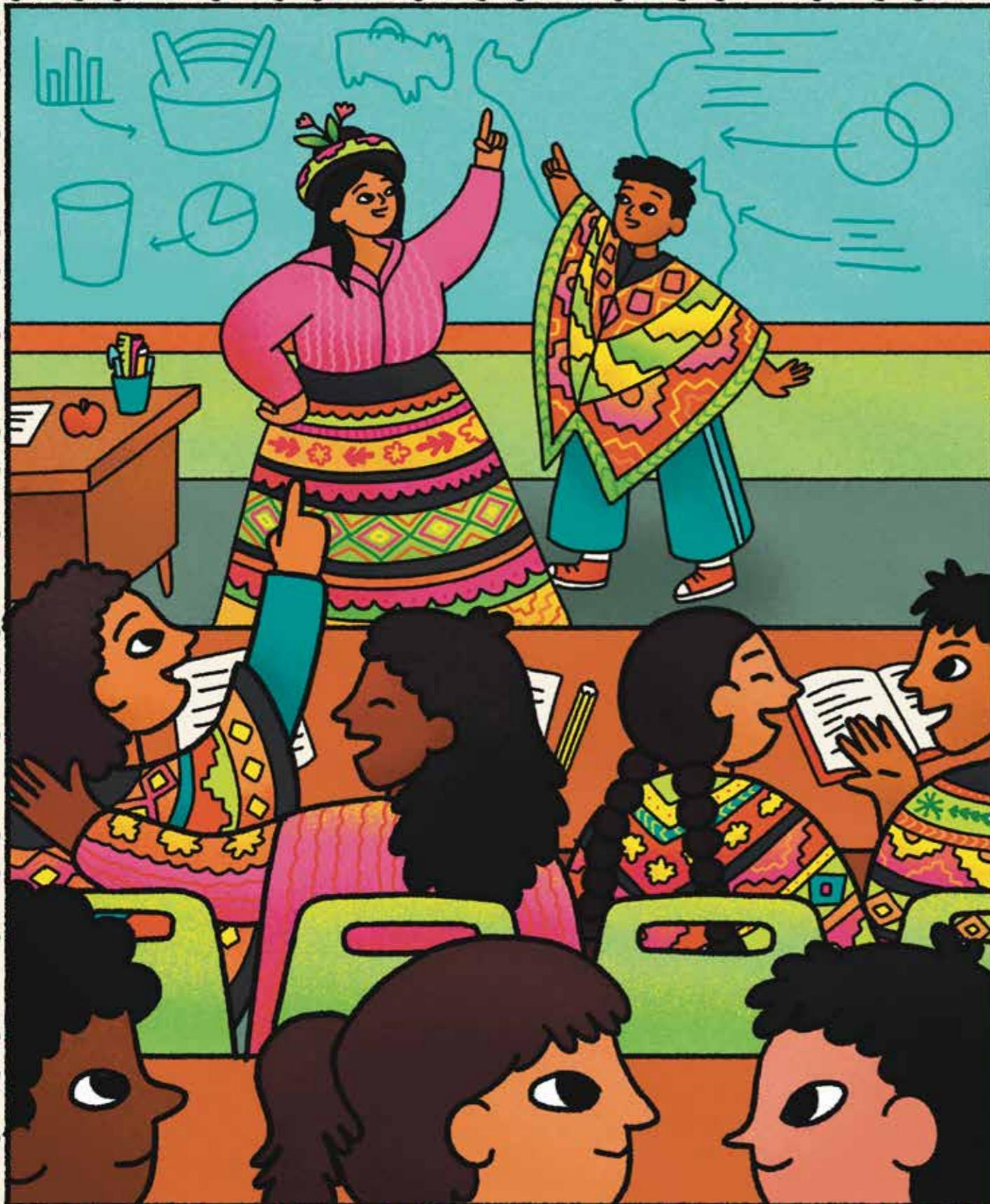
Sarhua además reinaba el machismo, las mujeres no tenían derecho a opinar; y ella no había regresado para permanecer callada.

Pero, ¿en qué condiciones estaba su tierra? ¿En serio había vuelto al atraso? A ver, esto ocurrió el 2008: a Sarhua llegaba un vehículo solo dos veces por semana, no había hospital ni Internet, solo algunas familias contaban con energía eléctrica. ¿Volver había sido un error?

En una reunión comunal, Elizabeth planteó una serie de actividades escolares. Son niños de campo, le dijeron, ¡qué iban a poder hacer lo que ella planteaba!

¿Qué hizo? Evaluó a su manchita, se dedicó a retarla y constató que sus niñas y niños respondían. Una mañana, por ejemplo, entró a su clase cubierta con un velo negro y les contó la historia de un condenado, ¡un muerto viviente





que quiso engañar y llevarse a una mujer! Todas y todos siguieron su relato con los ojos bien abiertos, y ni bien concluyó, les preguntó: ¿Qué habrían hecho si les pasaba algo parecido? ¿Conocían una historia similar?

Esa fue su estrategia para que desarrollen su comunicación oral. ¿Y si cambiamos el final de la historia? ¿Qué se les ocurre? “¡Lo habríamos atrapado, profesora!”. Así despertó su imaginación. ¡Su manchita era lo máximo! Elizabeth les tapó la boca a quienes dudaban de su capacidad.

Otro día, como en Sarhua se usaban cada vez menos la vestimenta, lengua y arte originarios, ¡dejaron las aulas y se fueron en busca de los sabios de la comunidad! Los querían entrevistar, ¡para recuperar los conocimientos ancestrales! Fueron a pie, por el campo, mientras a su paso identificaban los pisos ecológicos, la flora, la fauna, y respondían las preguntas de su maestra, quien los invitaba a cuestionarse todo, incluso algunas de sus costumbres.

Un exalumno suyo ahora es también profesor en su colegio. Como ella, estudió en la ciudad, donde tenía más y mejores oportunidades, pero igual que ella decidió volver a su tierra. Antes, en Sarhua ninguna alumna había sido alcaldesa escolar. Sí, por ser mujer. Eso ya cambió. Hoy, cada vez más chicas acaban el colegio con ganas de seguir estudiando.

Nada de esto ocurriría si ella no hubiese vuelto. Se lo hicimos ver y esto contestó:

“Recién tomo consciencia...”.

¿Será acaso porque solo está haciendo lo que cree que debe hacer? Sin haberlo planeado, esta maestra ha provocado una revolución.*

Yovana Cabrera

PICHCCAHUASI, HUANCAVELICA

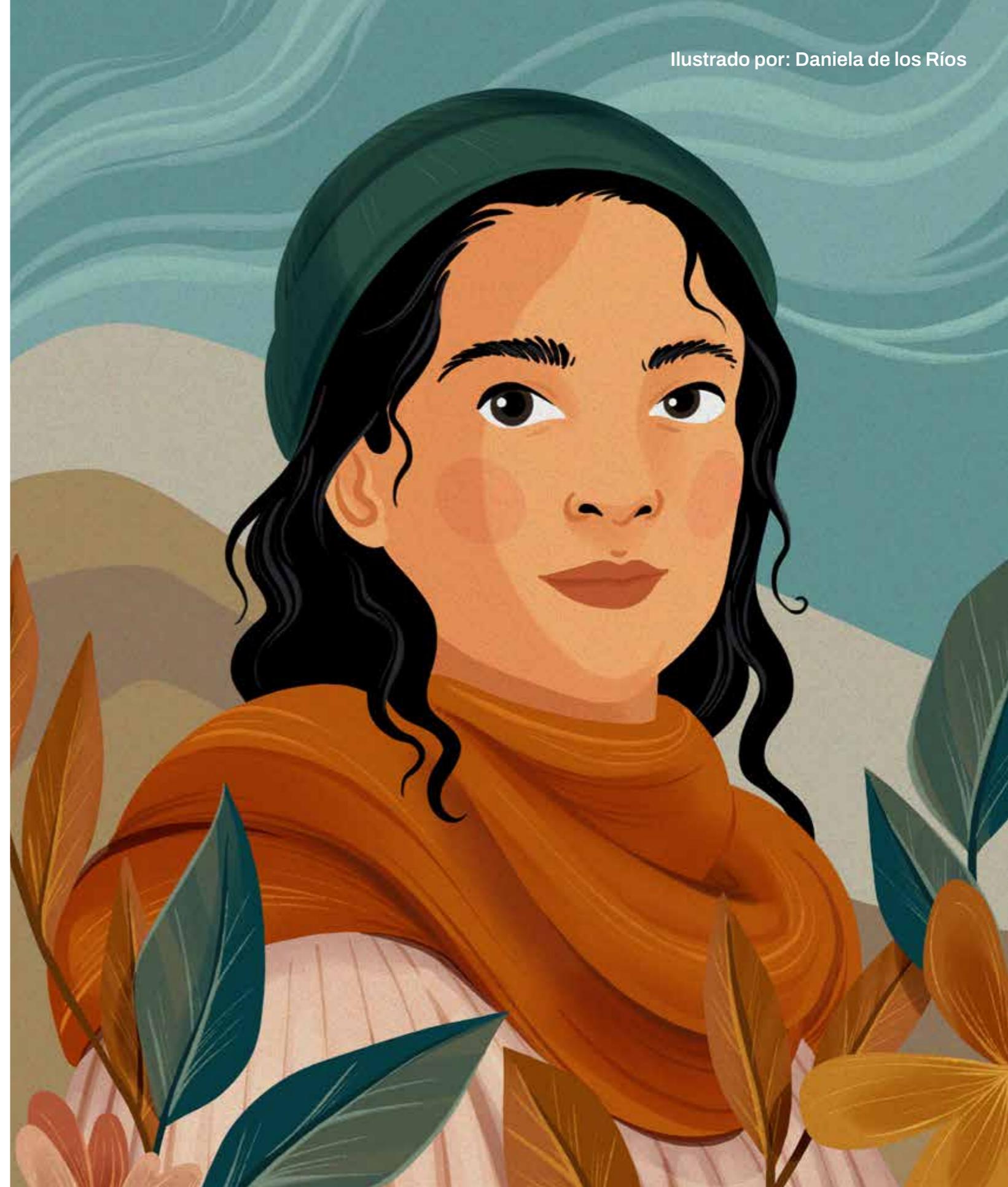
Maestra coraje

Un terrible accidente de tránsito acabó con sus ganas de ser enfermera. Todos los heridos fueron ingresados al centro de salud donde Yovana realizaba sus prácticas preprofesionales. El estado de uno de ellos era tan lamentable, que la impactó y provocó que se preguntara si en serio se quería dedicar a esa profesión toda su vida; y como su respuesta fue no, decidió ser profesora.

Su padrastro enseñaba matemáticas, de niña lo veía corregir exámenes. ¡Cómo renegaba con las respuestas de los flojos! Yovana eligió dedicarse a educar a niñas y niños de primaria, aunque debió esperar unos años para por fin poder ejercer, pues solo encontraba trabajo en escuelas rurales. Es decir, en zonas alejadas a las que se tendría que desplazar y quedarse varios días. No aceptó, pues ya era mamá y de ninguna manera iba a dejar sola a su bebé.

Buscó empleo. Desempeñó una variedad de oficios, incluso algunos realmente rudos; como la vez en que integró un equipo de operarios que construía muros de contención al pie de las carreteras. Yovana jamás le ha corrido al trabajo.

El 2013, teniendo Gianella 11 años y 9 Emmanuel, creyó que había llegado el momento: aceptó ser maestra rural; y siendo padre y madre, dejó a sus hijos al cuidado de su mamá.



Vivían en la cálida capital de la provincia huancavelicana de Huaytará. La escuela a la que debía partir estaba ubicada sobre los 4.500 metros sobre el nivel del mar, donde el frío es frío de verdad. No exageramos. Una noche dejó su ropa recién lavada a la intemperie y, al día siguiente, la encontró tiesa. Congelada. Le advirtieron que ni intente quitarle el hielo, pues se podía romper.

Pero eso no fue lo más bravo de partir a la escuelita de la fría comunidad de Pichccahuasi, sino alejarse de Gianella y Emmanuel. Cada vez que subía, era para quedarse allá quince días, a veces todo un mes. Sus hijos lo entendían, pues siempre les habló claro. Eso, sin embargo, no impedía que le costara partir. Yovana sentía que los abandonaba. A solas, la maestra lloraba de pena.

Eso sí, una vez en Pichccahuasi, se entrega a la educación de sus niñas y niños. ¡Sin importar que las condiciones no sean favorables! Sí, porque buena parte de su manchita tiene anemia; los padres de familia son en su mayoría iletrados, no pueden ayudar a sus hijas e hijos con sus tareas y, en vista de ello, suelen llegar a clase sin haber cumplido con las tareas. Pese a todo, ella persiste.

“Me gusta trabajar con mis niños, ver cómo aprenden algo cada día. De diez palabras nuevas, aprenden dos; de cinco actividades, aprenden una. ¡Cada día se llevan algo!”.

El 2016, su escuela recibió una donación que sembró esperanza. Una empresa llegó con libros y





un programa de acompañamiento para que los docentes desarrollen la comprensión lectora en su alumnado. La respuesta fue fabulosa; y lo fue, pese a la dura realidad en esa fría y alejada zona del Perú, donde conforme las chicas y chicos crecen, van perdiendo el interés por seguirse educando.

Allá, de diez que acaban la escuela, a veces uno sigue estudios superiores; lo usual es que sean padres o madres a temprana edad, mientras la iglesia local se opone a la educación sexual integral. Pese a todo, ella persiste. Confía en que llegará el día en que una mancha brava rompa esa realidad.

Mientras, aprovecha cada oportunidad para hablar por celular con Gianella y Emmanuel. Este año ¡porfin han empezado a entrar las llamadas a Pichccahuasi! Antes, para encontrar señal tenía que subir cerros.

Sus hijos son ya universitarios. Ella, una futura abogada; él estudia dos ingenierías: mecatrónica y ambiental. Yovana es la mamá más orgullosa. ¡No se explica cómo le han salido tan responsables estando ella tan lejos! ¿Será porque cuentan con su ejemplo de lucha, amor y pasión por su profesión?

Ahora viven en Ica, se mudaron en busca de mejores universidades. Yovana planea continuar tres años más en la escuelita de las alturas. De ahí, buscará empleo en un colegio de la ciudad; para volver a estar juntos, también porque quiere estudiar algo más. Así es esta maestra, no deja de persistir. ✨

Inés León

MIRAFLORES, LIMA

Chorros, sesos y murciélagos

En la refrigeradora de su casa —entre las verduras— había una cabeza humana. Incompleta. Sin ojos, pelos ni piel, aunque sí con el cerebro intacto para que lo estudie su hermana mayor; la futura doctora de la familia. ¡Daba asco buscar la leche y encontrar eso ahí! Pero sus papás lo permitían, pues su apoyo a la profesión que eligiesen sus hijos era total.

Inés también quiso ser doctora, pero como no era tan estudiosa como su hermana, indagó, descubrió la biología y le fascinó.

Amaba los microscopios —¡podía pasarse horas mirando a través de estos!— y encontró el trabajo perfecto: analizar semillas de algodón en un laboratorio. Si estas cumplían con el nivel de calidad, Inés autorizaba su venta. Era feliz observando sus tejidos, estudiando sus microorganismos, hasta que le exigieron romper la ley. Querían más ventas, que apruebe lotes de semillas que ella misma había desaprobado.

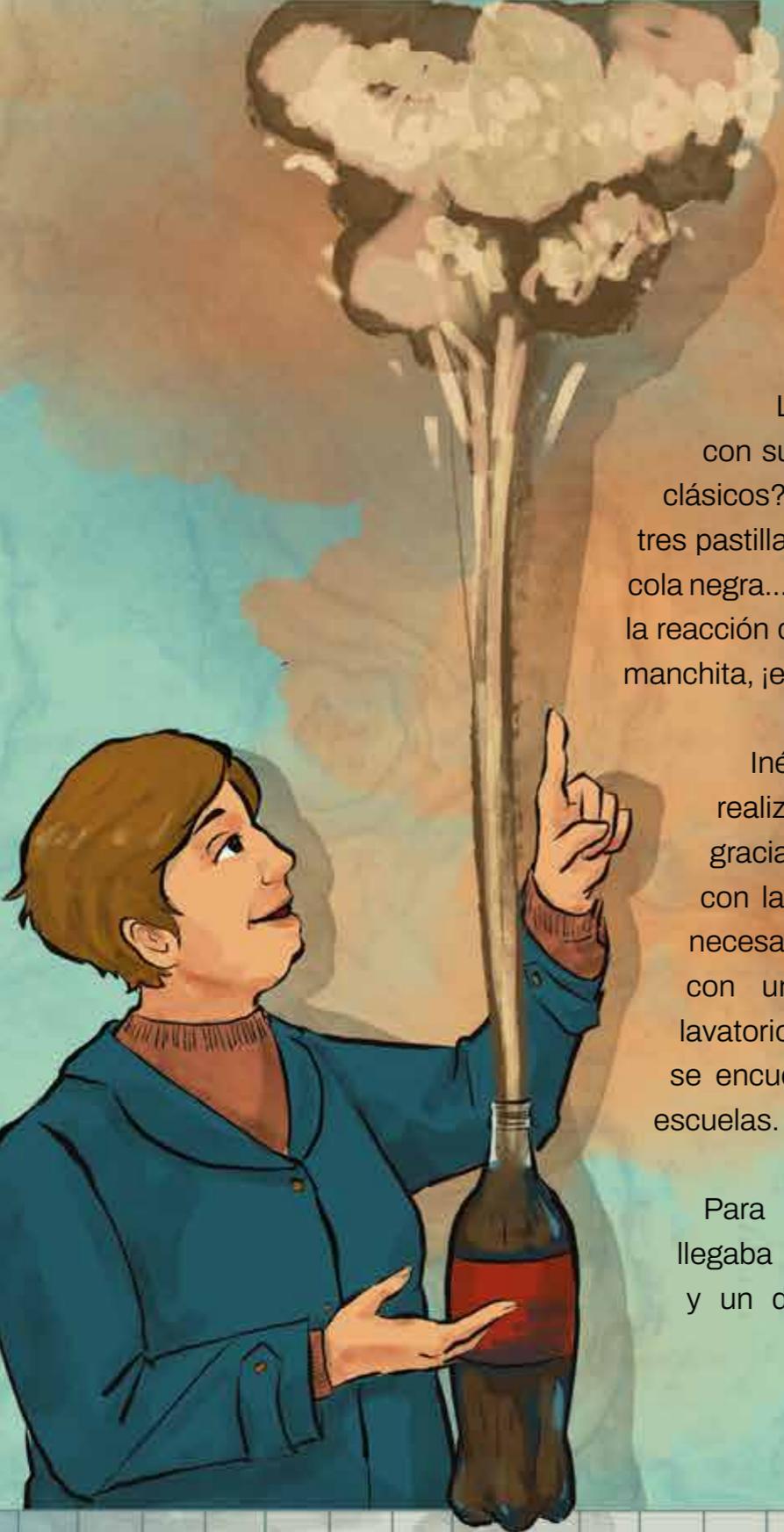
Inés se negó y fue despedida. ¿Dónde hallaría otro trabajo perfecto?

Una docente del San Silvestre, colegio del que ambas eran exalumnas, la llamó para pedirle que reemplace a una profesora de química. Tres meses. ¿Tres meses? ¡Solo por eso aceptó!

Volvió como colega de sus exprofesoras. Inés cuestionó que aún siguieran ahí. ¡Ella ni loca aguantaría tantos años! Una semana después,

Ilustrado por: Hitoshi Vargas





su opinión era otra; y la mejor prueba de ello es que se quedó enseñando los siguientes 37 años de su vida.

Las niñas de primaria gozaban con sus experimentos. ¿Uno de sus clásicos? Ver qué pasa cuando metes tres pastillas de Mentos en una botella de cola negra... ¡Sale un chorro disparado! Y la reacción de asombro en las caritas de la manchita, ¡es igual de inmediata!

Inés es consciente de que la realización de tanta maravilla es gracias a que su plantel cuenta con las instalaciones y los servicios necesarios: un laboratorio amplio, con una mesa al centro y seis lavatorios. Privilegios que difícilmente se encuentran en la gran mayoría de escuelas.

Para las alumnas de secundaria llegaba con algo que marcó un antes y un después en el San Silvestre:

órganos de animales. Por lo general, de chanco o de cordero. Ojos y riñones —por ejemplo— que se los conseguía su casero, el carnicero de un mercado cercano.

Era tan buena gente, que si Inés le pedía una tráquea, él se la tenía lista ¡hasta con las cuerdas vocales! Una vez, llevó a cinco alumnas al mercado para que su casero les muestre un cerebro. ¿Y qué pasó?

Él las esperó con una cabeza de vaca. Una cabeza enterita. O sea, aún no podía vérselo el cerebro. Obviamente ese no fue un problema, porque el carnicero cogió el machete y —¡crash!— le metió tal tajo a esa cabeza, que no solo el cerebro de la vaca quedó a la vista, sino también los charcos de vómito que arrojaron las asqueadas jovencitas. ¡Reaccionaron igualito que una cola negra con tres pastillas de Mentos!





Los viajes a una reserva en Tambopata, en la selva de Madre de Dios, también fueron una iniciativa de Inés. Allí, sus manchitas aprendían a censar monos, mariposas y demás fauna. El más solicitado era el murciélago, ¡todas querían una foto con él!

Tras esa visita, varias que antes de partir planeaban seguir administración o economía, retornaban convencidas de que no existía una profesión más interesante que la biología.

“Como maestra, te das cuenta de que puedes marcar vidas”.

Muchas de sus exalumnas hoy son madres de familia de su colegio, y cuando la ven no tienen reparo en demostrarle su cariño. Una de ellas, que estaba por dejar a su hija, ni bien la reconoció sacó la cabeza por la ventana de su auto y gritó: “¡Esa es Miss Inés, la mejor profesora de biología del mundooo!”.

El 2023, tras haber pasado más de la mitad de su vida en el San Silvestre, se jubiló. Al inicio, le costó. No fue sencillo dejar de compartir día a día con sus chicas, pero rápido se le pasó, pues fue dándose cuenta de todo lo que se había estado perdiendo. De pronto, tenía tiempo para reunirse con sus amigas, para leer y, sobre todo, para asistir a las actuaciones de sus nietos ¡que están en otros colegios!

Por esa misma razón —por tener que estar con sus alumnas— jamás vio actuar a su hijo por el Día de la Madre. Él se lo reclamó en más de una ocasión, tal como le suele ocurrir a varias maestras. ✱



Ilustrado por: Flavia Macedo (Folkánica)

Ada Barrientos

ATALAYA, UCAYALI

Ella siembra docentes

La selva peruana es tan extensa y sus rutas tan laberínticas, que aún existen comunidades indígenas que jamás han sido contactadas. Hace más de tres décadas arribó a la pequeña ciudad de Atalaya —a orillas del río Ucayali— el religioso croata Gerardo Zerdín. ¿Su misión? Visitar y vincularse con el mayor número de comunidades. Tarea difícil, pues llegar en bote a solo una de ellas podía tomarle horas, incluso días.

Al conocerlas se enteró de que muchas vivían de la caza y de la pesca, y que si bien contaban con escuelas, estas no eran supervisadas. En consecuencia, había docentes que no asistían o a los que no les interesaba educar a niñas y niños de diversas etnias. No hablaban sus lenguas, tampoco respetaban sus culturas.

¿No sería bueno que en cada comunidad hubiese una maestra o maestro de esa misma etnia? ¿Alguien que sí las valorase? Sí, claro, pero para eso habría que formar a esos docentes. Pues precisamente para eso fue que el religioso Zerdín fundó —en Atalaya— la Universidad Católica Sede Sapientiae, que además de educarlos, les brindaría hospedaje y alimentación a los futuros educadores.

Al inicio, hubo líderes de comunidades que no creyeron importante que sus jóvenes se hiciesen profesionales. Hoy, lo agradecen. Desde entonces, chicas y chicos llegan a esas aulas desde los lugares más escondidos de



nuestra selva; y para la tarea de formarlos, el religioso Zerdín cuenta con alguien a quien considera un tesoro: la profesora de lengua y literatura Ada Barrientos.

La conoció siendo una inquieta escolar que a todas partes seguía a las monjas. Ada era feliz ayudándolas a educar a las niñas y niños de las comunidades, dando catequesis. Cuando estaba con ellas se olvidaba del tiempo. “¡Mejor lleva tu cama!”, renegaba su mamá. Un religioso debió visitarla y explicarle lo valiosa que era la labor de su hija, quien entonces anhelaba ser monja; aunque pronto entendió que para servir a los demás no es necesario vestir hábito o sotana.

Con el apoyo de la iglesia estudió a distancia en una universidad limeña, y a los 20 años realizó sus primeras prácticas en un aula. Le tocó enseñar a adultos. Sus estudiantes, al verla llegar, ni la saludaron. Siguieron charlando como si nada. Ella los observó en silencio, se paró sobre su pupitre y —desde ahí arriba— habló fuerte:

“¿Es posible que una mocosa les enseñe las palabras mágicas: ‘Buenos días’?”.

La bulla se acabó, todo fluyó en paz. ¡Pero Ada quería educar a niñas y niños! Fue entonces que el religioso Zerdín la buscó, le explicó que la necesitaba en la nueva universidad, que allí podría colaborar en la formación de los futuros educadores de nuestra selva. La propuesta le gustó tanto, que rápido identificó qué estrategia iría a emplear: la de los Cuadernos viajeros.

¿En qué consiste? Como el alumnado retorna a sus comunidades durante las vacaciones, se le encarga recolectar sus tradiciones orales. Así, al volver de sus respectivas etnias —ashaninka, awajún, shipibonibo, yanesha, nomatsigenga...— lo hacen con una variedad de cuentos y relatos de sus pueblos. De ahí, entre todos eligen uno e inician el hermoso proceso de transformarlo en una obra de teatro.





¡Todos participan! De esta manera, Ada consigue que cada futura maestra y maestro deje atrás la timidez y sienta amor por su cultura, para que así —con orgullo— la vierta después en cada niña y niño de su etnia.

Cada fin de ciclo llevan a escena la historia elegida. La última perteneció al pueblo awajún: “Yanua y el Chullachaqui”. Es la historia de una niña que no atendió la advertencia de su madre de no jugar con extraños. Ella se divertía con la boa, con el zorro, y un día se le presentó el Chullachaqui, ese duende de la selva que tiene un pie humano y otro de animal. Se la llevó a su casa, y cuando Yanua regresó, el tiempo transcurrido no era el que ella creía. Lo supo al ver a su mamá... completamente envejecida.

La puesta en escena fue un éxito. ¡Así prepara Ada a los futuros docentes de la selva! Aunque no todos vuelven a sus comunidades, algunos se quedan en la ciudad, dedicándose incluso a otra cosa. Por esta y otras razones, ella cree que ha llegado el momento de educar a niñas y niños. ¡Enseñar en una escuela!

¿Te imaginas las obras que irá a preparar con sus manchitas? Eso va a estar genial. ✨

Ilustrado por: Sandra Travezaño (SOMUS)



Yanet Honor

CUSCO, CUSCO

¡Palmas para Yanet!

¡Cómo le costaba vincularse con los demás! De niña, en primaria, si no era con sus tres amigas, Yanet no hablaba con nadie. “Yo quiero ir a la NASA”, decía una, y ella, que no sabía qué era eso —que se trataba de la agencia espacial de los Estados Unidos—, aseguraba que también quería ir, pero para enseñar. Sí, porque desde chica quiso ser profesora; como su hermana mayor.

Ya en el instituto, aprovechaba sus vacaciones para pedirle a su hermana que la lleve consigo. Ella enseñaba en una escuela del entonces lejano distrito cusqueño de Ocongate, y se quedaba allá todo un mes. Yanet iba por una semana, se colaba en su clase, ¡disfrutaba viéndola departir con su alumnado! Aguardaba con ansias el día en que ella también lo pudiera hacer. Ese día, llegó antes de lo esperado.

¿Qué ocurrió? Una docente embarazada pidió licencia. ¿Quién la podría reemplazar? Ella se mandó, y pese a no haber egresado, dictó clases. Concluido el mes, recibió un cheque. No lo esperaba. ¡No lo había hecho por dinero! Yanet decidió no cobrarlo. Lo guardó como si se tratase de un diploma (hasta que en una mudanza lo perdió).

Finalmente, en 1987 partió como profesora rural multigrado a la comunidad campesina de Chilihuaní, adonde solo se llegaba a pie, tras cuatro largas horas de camino. La primera vez la acompañó su hermana, la profesora. A mitad del trayecto, tras haber visto solo cerros, cerros y más

cerros, quiso renunciar. “Falta poquito, por lo menos llega a la escuela. Una vez ahí, renuncias”, le propuso su hermana.

“Llegamos a las 9:00 am. Solo había una casita”.

De pronto, empezó a oír risas. ¿De dónde venían? Uno a uno, los fue viendo aparecer. Niñas y niños, llegando desde distintas y más alejadas comunidades, corriendo, riendo, cayéndose y levantándose. “¿Vas a renunciar?”, le preguntaron. Yanet se quedó ¡13 años!

El 2000 partió a la escuela rural multigrado de Huacarpay, ubicada al pie de la carretera y a solo una hora de su casa. Sus niñas y niños no estudiaban ahí, sino en colegios privados de la ciudad del Cusco. ¿A quiénes entonces irían a educar Yanet y su colega? Pues a las hijas e hijos de los campesinos que bajaban de localidades lejanas, algunos trabajaban para las familias de Huacarpay. Tenían entre 6 y 14 años.

“Hagamos que estos niños tengan las mismas oportunidades que los que van a colegios particulares”.

¡Esa fue su meta! A la par, Yanet participó en un programa de formación que avivó su imaginación y, su manchita, fue la gran beneficiada.

Prueba de ello es que con su celular creó una estación de radio. Compró una filmadora, un trípode y armaron una sala de grabación. Con su alumnado elaboró un cortometraje sobre la papa, para ello visitaron cada una de las comunidades de donde provenían sus treinta y cinco estudiantes. ¡Todas y todos participaban en esa escuelita!





El 2013, el Ministerio de Educación organizó el Primer Concurso Nacional de Buenas Prácticas Docentes y decidió participar para que por lo menos las autoridades se enteren de lo que estaban haciendo. Estaba convencida de que ganaría algún colega de Lima o de alguna ciudad, y ellas fueron las elegidas.

¡Cómo no! Si para entonces habían desarrollado treinta y cinco proyectos: El hotel de bichos, El mundo de las abejas, El hospital de las plantas, que incluía una UCI y el área de pediatría para las semillas. Eso, además de la radio, la discoteca y más, mucho más.

La noticia sacudió al Cusco. De todos los colegios llegaban funcionarios para constatar tanta maravilla. ¿Y quiénes les explicaban los proyectos? Pues las hijas e hijos de los orgullosos campesinos. Un año después, Yanet recibió las Palmas Magisteriales en el grado de Educador, el máximo reconocimiento que otorga el Estado a un docente; y se lo entregó el mejor ministro de Educación de los últimos tiempos, Jaime Saavedra.

Hoy, a sus 58 años, es directora del Glorioso Colegio Nacional de Ciencias, fundado en 1619. Cómo será de grande el compromiso de Yanet con la educación, que lo antepuso a la maternidad. Un sinnúmero de alumnos y exalumnos, sin embargo, la ve y la quiere como a una mamá. ✨



Ilustrado por:
Meduclau

Ilustrado por: Claudia Suárez

Mabel Chaparro

CACHICHE, ICA.

En el nombre del padre

Se negaba a ser maestra. ¿Dentista? ¡Eso sí! Hoy, Mabel sonríe al recordar esos días, y agradece la paciencia y sabiduría que tuvieron sus padres para dejar que solita encontrara su camino. Según su test vocacional, reunía las condiciones necesarias para ser una excelente profesora, ¿por qué entonces rechazaba esa profesión?

Para dar con la respuesta hay que retroceder a cuando Mabel tenía 4 años y le tocó una señorita que gritaba y jaloneaba a la manchita. Ahí empezó todo. Tiempo después, estando en primaria presentó problemas de aprendizaje, pero no porque no quisiese estudiar, sino que resultó que tiene dislexia, un trastorno que dificulta la lectura. Pese a ello, no hubo un solo docente que la supiera entender.

Con tan tristes recuerdos, ¿se entiende por qué rechazaba ser maestra? Fue por ello que sus padres respetaron su voluntad de estudiar odontología y dedicarse a curar muelas y dientes.

Su primer año en la universidad marchó genial. El siguiente empezaron sus prácticas, y con ese fin acudió con su clase a un asentamiento humano. Atenderían gratis a adultos, ancianos y niños. ¡Sus expectativas eran enormes!

Llegó el turno de revisar la dentadura de un anciano. Los futuros dentistas seguían con atención cada caso. Ese pobre hombre abrió la boca y Mabel

quedó en shock. No lo podía creer. ¿Cómo era posible que haya personas viviendo en tan terribles condiciones? Inevitablemente pensó en su papá, pero no porque tuviese las muelas y dientes en mal estado, sino porque siendo niño también vivió en la pobreza. ¿Qué penurias habría él pasado?

La vida de Francisco, su padre, da para una película. A los 8 años huyó de su casa. Nació en Puno, en el campo; su papá lo tenía trabajando la tierra como a todos sus hermanos, pero él ansiaba otro futuro. ¡Quería estudiar! Por eso se fugó, y sin dinero llegó a Tacna en busca de un tío. No tenía su

dirección, era solo un niño y fue lustrabotas, cargó bultos en los mercados, durmió donde pudo. Varios años después, conoció Rusia, donde se hizo economista. ¿Cómo llegó a ese país? De ahí, volvió al Perú, se estableció en Ica y con unos colegas fundó la facultad de economía en la universidad de mayor prestigio de esa región. Mabel lo admira, ¡es su fan!

Buenos pues, a causa de esa terrible escena bucal, dejó odontología y estudió ciencias de la comunicación. Fue durante esos años que, su papá, una mañana mientras desayunaban, les contó que tenía un viejo anhelo: fundar un colegio. Mabel lo animó a hacerlo. Insistió. No paró hasta que — el 2000— el José Carlos Mariátegui abrió sus puertas.





Ella aún no se había titulado. Él le advirtió que mientras eso no ocurriera no formaría parte del plantel. ¿Qué podía hacer? ¡No quería dejar de vivir esa aventura educativa! ¿Qué hizo? Rogó que al menos la dejen estar a cargo de la cafetería. La aceptaron y —ya instalada— descubrió que ese era el mejor lugar para observar todo lo que ocurría en el Mariátegui.

Mientras atendía, además se empezó a enterar de qué opinaban los docentes y el alumnado sobre la conducción y el funcionamiento del colegio. Información que luego le sería de gran utilidad.

Muy pronto el local les quedó chico, hubo que mudarse a uno mayor y, como solo brindaban educación secundaria, Mabel planteó incluir primaria y se postuló como directora de ese nuevo nivel. Lo decía muy en serio, pues aprovechó su paso por la cafetería para estudiar, obtener su título universitario y seguir una especialización en educación. ¿Cuál sería su compromiso? Ofrecer un espacio en el que las niñas y niños sean atendidos de verdad.

La respuesta de su comunidad fue tan positiva, que no tardó en asumir la dirección de todo el plantel. Apostó por las artes: la música, las letras. Sus papás asisten y gozan con cada actuación. Su mamá es su brazo derecho, ve todo lo administrativo; Francisco disfruta contándole sus vivencias a las nuevas generaciones. ¿De verdad llegó a Rusia? ¿Aprendió el idioma? ¿Por qué volvió?

“Se siente bien cuando nuestros exalumnos se han logrado, cuando regresan de visita: brillantes, felices”.

Uno de sus exalumnos es hoy docente del Mariátegui y, muchísimos más, padres de familia. A ella le satisface haber sacado adelante el viejo anhelo de su padre. ¡Y pensar que quiso ser dentista! ✨

Lucila Surichaqui

PICHANAKI, JUNÍN

Maestra brava

Entró a esa casa ajena, a esa habitación y lo vio, tumbado sobre el colchón, roncando a plena luz del día, oliendo a licor y en calzoncillos. No había llevado a su hijo de 8 años al colegio, ¡por eso su maestra estaba ahí! Cogió un chicote y le dio tres latigazos. El tipo saltó de dolor... la miró, la reconoció.

Ella, la profesora Lucila Surichaqui, en realidad hubiese sido enfermera de no ser por el pastor de su iglesia. Fue él quien notó cómo se llevaba con las niñas y niños, lo bien que la pasaban con ella; y como él lideraba una escuela, le ofreció trabajo si se hacía maestra. Lucila fue feliz educando a las hijas e hijos de las familias pobres del distrito de Pichanaki, en la selva alta de la región Junín.

Pasaron los años, también fue mamá. Llegó un pastor nuevo y la alegría se acabó.

El colegio dejó de preocuparse por los más necesitados. Eso la incomodó, y decidió partir, cumplir su deseo de enseñar en el campo, ¡ser una maestra rural! El momento era perfecto: sus hijos estaban grandes y contaba con el respaldo de su esposo. Pero, ¿y qué fue del papá irresponsable al que hizo saltar de dolor? ¡Ahorita llegamos a él!

En la alejada comunidad de La Libertad hacía falta una maestra y partió para allá. La única manera era a pie. Caminó durante horas, cruzó

Ilustrado por: Ta.Mi.Ki.



un puente colgante sin barandas que —de solo verlo— atemorizaría a cualquiera. Estuvo a punto de no hacerlo, pues el río que corría debajo era realmente bravo (días después, se enteró de que quienes han caído de ese puente no han vuelto a aparecer).

Ya en el lugar, notó que además del pequeño local que servía de escuela, solo había dos casitas. ¿No tendría más estudiantes? Al día siguiente vio arribar a niñas y niños desde comunidades aún más alejadas. Caminaban a solas una hora o más. Lucila sería su única profesora, viviría de lunes a viernes en un pequeño cuarto construido al lado del plantel.

En vista de que le preocupaba que caminaran tanto tiempo a solas, expuestos a cualquier peligro, convocó a los padres y les planteó que algunas niñas y niños se podían quedar unos días con



ella. Así, de paso aprovecharían las tardes para reforzar sus lecciones. El respaldo fue total. Unos años después, partió para asumir un nuevo desafío.

Lucila fue convocada por una ONG para ser parte de un programa educativo que combatiría la deserción escolar. Sería una de los docentes que trataría de recuperar a chicas y chicos que por distintas razones habían dejado el colegio. En la mayoría de los casos, por trabajar. Eso sí, para cumplir con su misión era clave que los



padres entendieran cuán importante era que sus hijas e hijos retomasen sus estudios.

Está claro que uno de esos papás fue el irresponsable al que Lucila agarró a chicotazos por no haber cumplido con llevar a su hijo al colegio, ¿no?

Esa mañana, en esa casa ajena, ella recuerda haber sentido miedo. ¡No sabía cómo iría a reaccionar ese hombre al que estaba a punto de azotar! Pero, ¿qué hacía Lucila en la vivienda de su alumno? En realidad, fue la cólera. Estaba furiosa, ese niño de 8 años le había demostrado sus ganas de aprender, ¡su potencial era enorme y su papá no lo estaba valorando!

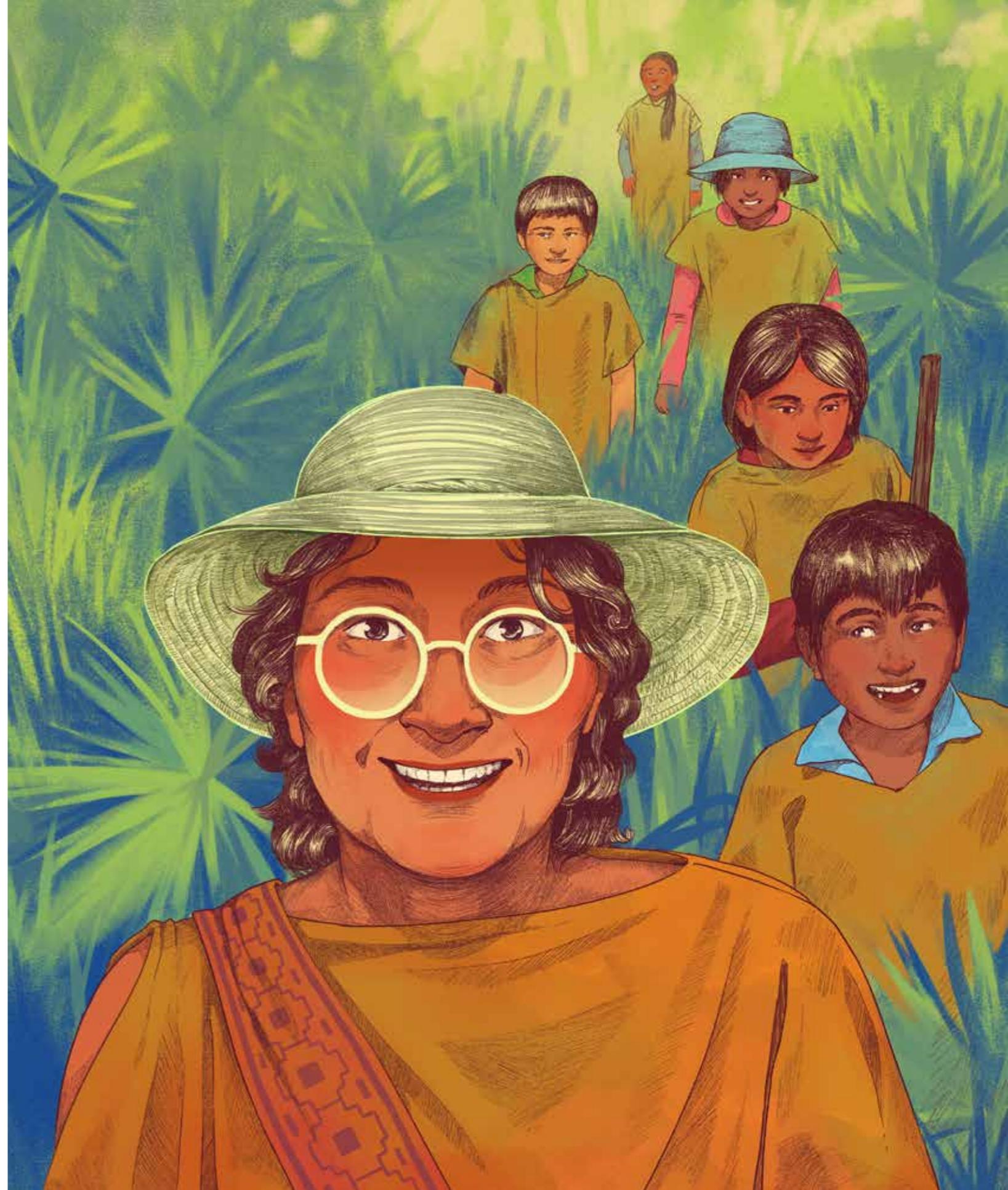
Ya le había ocurrido con otras niñas y niños: empezada la clase, no los veía en el aula y, sin dudarlo, salía disparada a sus casas para recogerlos. Pero esa vez fue el colmo, y como vio un chicote a la mano, procedió. Felizmente, el adolorido papá reconoció su error, se comprometió a cambiar y cumplió.

La pandemia, lamentablemente, afectó la continuidad de ese programa, pero no las ganas de Lucila de continuar educando en el campo; y la beneficiada es ahora la manchita de la comunidad nativa yaroni.

“Yo no los puedo adecuar a mi forma de trabajo. Soy yo la que se adecúa, respetando sus costumbres y tradiciones”.

Efectivamente, y como los yaroni venían perdiendo sus costumbres y tradiciones, ha emprendido el rescate de su idioma y vestimenta. ¿De qué manera? Ha instaurado en el colegio los lunes de cushma. Esos días, todos visten sus ropas típicas; ella, también.

Así es y será siempre Lucila: una maestra valiente, ¡una maestra brava! ✨





Ilustrado por: Daniela de los Ríos

María Teresa Cornejo

CERCADO, AREQUIPA

Robótica y radical

Fueron sus mismas profesoras quienes trataron de persuadirla. “¡No elijas esa profesión!”. ¿Cuál? María Teresa planeaba ser como ellas: educadora. “Vas a ganar poquito, eres la número uno de tu promoción, tu potencial es enorme, ¡no lo desperdicies! Sé doctora, ingeniera”. NO. Su abuelo también lo intentó. “Vas a vivir con las justas, como tus papás”. NO. Ella creció admirando a sus padres, y sabía que contaba con ambos.

Él, subdirector del Instituto Superior Pedagógico de Arequipa. Ella, profesora de secundaria.

Como voluntaria de una iglesia, María Teresa acudía a zonas marginales para ayudar a las chicas y chicos a mejorar sus habilidades en comunicación y matemáticas, también para darles catequesis. Como era de esperarse, concluyó la carrera siendo la mejor de su promoción.

¿Qué ocurrió? Que el director de uno de los principales colegios privados de Arequipa, al enterarse de su talento, le ofreció empleo. Ella, radical, lo rechazó. En casa, su hermana no lo podía creer: “¡Todos se mueren por enseñar ahí!”. Esta fue la respuesta que recibió:

“Me he hecho maestra para los pobres, no para los ricos”.

Así, llegó al Alfred Binet, una escuela ubicada en las afueras de la ciudad. Sus chicas y chicos se caracterizaban por ser superdotados, también por

pertenecer a familias de escasos recursos. Siendo brillantes, solían asistir sin haber desayunado. El reto era enorme, y esta maestra primeriza lo convirtió en una misión. En su misión.



Su aliada fue la tecnología. Apeló al *power point* para mostrarles historias que, a su turno, debían interpretar y relatar con total libertad. A esa experiencia la llamó “El karaoke de cuentos”. En paralelo, se inscribía en cuanto curso de informática encontraba. Cuando debió partir, su manchita ya sabía de robótica y había triunfado en más de un torneo interescolar.

Sacando tiempo de donde no tenía, mientras enseñaba en otro plantel ingresó a la Universidad Nacional San Agustín e hizo una especialización en ingeniería e informática. Se la pasó estudiando todos los fines de semana de los siguientes dos años de su vida. Ella y un grupo de colegas, apasionados todos por contar con más y mejores herramientas para educar a su alumnado.

Por eso, al arribar al República de Venezuela y ser nombrada profesora de innovación pedagógica, se sintió lista para desplegar todo el conocimiento adquirido.

El colegio contaba con veintitantas computadoras portátiles XO. No eran lo máximo, pero para eso estaba ella ahí. Supo entonces que existía un inconveniente: por orden del director, nadie podía tocar las XO. ¡Quien las malogre, las paga! En ese colegio cundía el miedo.

“Me sentí mal. Todo lo que sabía —¡todo lo que había investigado!— y no las podía emplear”.

Por supuesto, no se quedó quieta. Elaboró fichas informativas, las repartió entre sus colegas; a quien se interesaba, le daba más información, le enseñaba a programar. ¡Convenció a dos! Perdieron el miedo, usaron las XO en sus clases y el resultado fue inmediato: sus manchitas aprendían felices.



Las mamás y papás de los otros salones se enteraron y exigieron que sus hijas e hijos también reciban así sus clases. El director se inquietó ¡y la profesora nueva era la culpable! Le advirtió: si algo les pasa a esas computadoras, ¡será su responsabilidad! Ella, serena, fue salón por salón y le explicó a cada manchita que las XO eran sus amigas, sus cómplices para el aprendizaje y, si querían usarlas, las debían cuidar.

¿Qué pasó? ¡Aún hoy lucen como nuevas! Y el 2022 pasó algo más: María Teresa participó en una capacitación en robótica que incluyó un concurso entre docentes: debían crear robots. Involucró a tres niñas de cuarto grado, juntas se preguntaron qué no se había creado aún; y le dieron vida a una máquina que baila, dibuja y colabora en la enseñanza de matemáticas y comunicación.

Guiadas por ella, las escolares daban ideas y su profesora se amanecía para hacerlas realidad. Así, con legos y placas electrónicas nació “La Oruguita Mágica”, una amiguita que es controlada por *bluetooth*, que puede coger un plumón con su cola y trazar su recorrido. Si estás cerca y activas el sensor, además te empieza a seguir. ¿Acaso alguien puede dudar de que María Teresa y sus chicas ganaron? Aparecieron en la prensa, ¡todos en Arequipa querían saber qué estaba pasando en ese modesto colegio nacional!

“Mi escuela es un laboratorio de todo lo que sueño para los niños del Perú”.

Palabra de maestra radical. ✨

Dania Mamani

SAN JUAN DE LURIGANCHO, LIMA

Maestra vida

Nació en Puno, a los 10 años la trajeron a Lima, a una casa de esteras en San Juan de Lurigancho. Siendo su papá albañil, se organizaron y en familia —con sus propias manos— construyeron su vivienda. Para cuando Dania acabó el colegio, el primer piso estaba casi listo. El que no estaba listo para enterarse de qué carrera ella planeaba seguir, era su papá.

Él quería que sea confeccionista como sus primos, porque como profesora de inicial iba a ganar poco. Dania le explicó que eso era lo que realmente anhelaba: educar; y le recordó que además era una crack ingeniándose para hacer plata. ¿O había olvidado que —con ese fin y siendo solo una escolar— limpió casas y fue vendedora ambulante?

Se matriculó entonces en dos institutos. En uno siguió educación y, en el otro, danza. Sí, porque como buena puneña ama el folklore y, ese arte, le iba a servir para promocionarse como profesora de bailes típicos. Dania se anotó en concursos, compitió, logró hacerse conocida.

Por las mañanas enseñaba inicial en un colegio y, por las tardes, danzas típicas a estudiantes de primaria. El contacto con esa manchita alteró sus planes, pues descubrió que era a esas niñas y niños a quienes realmente quería educar; y como para entonces sus ingresos con la danza se lo permitían, postuló a una universidad particular y se especializó en educación primaria.



El más feliz fue su papá. Él llegó a Lima siendo niño, en busca de un mejor futuro y sin conocer a nadie. Hizo de todo, hasta que empezó a destacar como albañil. Él, que jamás fue al colegio, tenía ahora una hija universitaria.

Dania llegó a enseñar en el mismo colegio donde estudió, luego pasó al Javier Pérez de Cuéllar, también en su querido distrito de San Juan de Lurigancho. Ahí, como maestra, vivió una experiencia inesperada. ¿Qué pasó? Siendo el Perú uno de los países donde gran parte del alumnado no entiende lo que lee, el 2006 su escuela fue seleccionada para poner en práctica una estrategia que combatiría esa triste realidad.

“Con ese programa aprendí a leer yo y aprendí a hacer que los niños entiendan. ¡Aprendí con ellos!”.

De eso se trataba: de enseñar a entender, a reflexionar; y, como maestra, notó el cambio. Sus clases fluían mejor, toda la manchita quería participar; la estrategia “Leer es estar adelante” ¡funcionaba! Ocurrió entonces otra experiencia inesperada: como enseñaba en el colegio, dictaba clases de danza y en ambos casos debía alzar la voz, sus cuerdas vocales no dieron más. A tal punto, que un médico le advirtió que si no cambiaba de trabajo, podía perder la voz.

“¿Qué voy a hacer? ¡Mi vida es enseñar!”.

Le dieron una semana de descanso. Otro doctor le dio esta alternativa: “¿Y si usa un micrófono?”. Para cuando retornó al colegio, las madres de familia se habían enterado ¡y se ofrecieron a comprarle ese aparato! Dania retomó sus clases con un micro y un pequeño parlante. Su manchita —niñas y niños



de cuarto grado— la observaban en silencio; si notaban que estaba por hablar, ¡se pasaban la voz para que el silencio sea total!

Ella los recuerda con enorme cariño. Aunque, finalmente, debió partir. Era lo mejor para su salud. Ocurrió entonces una nueva experiencia inesperada.

Justo por esos días, funcionarios del Ministerio de Educación visitaron su escuela y la identificaron como Docente Fortaleza. Es decir, que por su experiencia y buenas prácticas pedagógicas, había sido seleccionada para ayudar a más colegas a que sean tan tromes como ella. Durante dos años se dedicó a eso; y la estrategia “Leer es estar adelante” fue su gran aliada.

¿La verdad? Las experiencias inesperadas ¡son una constante en su vida! Hoy ha vuelto a las aulas y le encanta, aunque por su capacidad bien podría ser directora. Sin embargo, de momento le es imposible, pues su mamá está mal de salud y Dania debe compartir sus actividades como profesora con la atención a la mujer que siempre la apoyó.

Planea estudiar psicología, oficio que aprendió a valorar junto a su hijo, un joven con espectro autista que estudia historia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ese, es solo uno de sus muchos planes. Esta, es solo una parte de su vida. Por esto y más, cada estudiante suyo tiene razones de sobra para sentirse privilegiado por tenerla como maestra. *



Aleyda Leyva

CHICLAYO, LAMBAYEQUE

La profesora ‘contreras’

Hubo días en los que el dolor le impidió alzar su taza de leche. No era uno, sino varios dolores; que aparecían de la nada y atacaban sus articulaciones. Siendo niña, Aleyda hasta perdía las ganas de ir a fiestas de cumpleaños. ¿Su diagnóstico? Artritis reumatoidea. Un médico aseguró que no acabaría el colegio; otro, que tampoco podría trabajar. Hoy, ella no solo es docente, sino que el 2021 integró el selecto grupo de los 50 mejores profesores del mundo.

¿Qué responde Aleyda cuando le preguntan cómo lo consiguió?

“Porque soy contreras”

Desde los 7 años -cuando los dolores se lo permitían- jugaba con sus vecinos a la escuelita. Ella, por supuesto, era la profesora. Si mientras hacía sus tareas de colegio surgía el dolor y este era insoportable, su papá tomaba el lapicero y escribía por ella. Él falleció cuando Aleyda tenía 14 años. A la enorme pena de su familia se sumó el impacto económico.

Si les faltaba dinero y los docentes ganan poco, ¿no era mejor que estudie otra carrera? Su respuesta es NO; y no por contreras, sino porque desde niña sabía que había nacido para educar.

Además, en secundaria, las clases de historia de su profesor Martín





Cabrejos eran tan geniales, que sintió que ese era el curso que también quería enseñar. Cada lunes, él llegaba con preguntas sobre los programas dominicales. Juntos, los analizaban, identificaban cuál era el mensaje que en realidad les querían transmitir, ¡cuál era la verdadera noticia! Aleyda quería seguir sus pasos.

A los 23 le tocó enfrentar una aula por primera vez. Reemplazaría a una profesora de quinto de media. ¿Cómo se iría a ganar a esa mancha brava? ¡Llegó con juegos! Ruletas, dados, crucigramas. Todos en power point y todos vinculados a la historia. Para la siguiente clase no tuvo que instalar nada, esa mancha la esperaba con el proyector listo. Días después, se le acercaban en el recreo para preguntarle de qué trataría la próxima lección... ¡Lo estaba logrando! ¿Dolor? ¡No había dolor que pudiera con ella!

Con esa misma propuesta entró a otro colegio y, al notar la directora que sus clases eran un éxito, la animó a presentarse a un concurso nacional. Aleyda armó un equipo con chicas y chicos de distintos grados, crearon un blog sobre tecnologías para el aprendizaje de la historia del Perú y ganaron el segundo lugar.





Pero aterrizó una nueva directora, una que no valora la innovación, y la profesora contreras se fue en busca de una institución que le permita desarrollarse y, sobre todo, involucrara su alumnado en amenas aventuras. Así, llegó al Peruano Español. Allí, la tecnología es su gran aliada; y, el juego, su mejor camino.

¿Qué pasaría si el famoso arqueólogo Julio C. Tello fuese secuestrado? Pues habría que viajar en el tiempo para rescatarlo y, en ese proceso, nos enteraríamos de su vida y hallazgos. ¿Y si nos retaran a desarrollar una ciudad alienígena? ¿O a crear comics interactivos con personajes preincaicos?

¡En sus clases nadie se queda sin participar! Salvo esa vez en la que hablaron de videojuegos y las chicas enmudecieron. ¿Por qué? Aleyda indagó, y resultó que, pese a saber del tema, eligieron callar para no ser buleadas por los chicos. ¿Qué hizo la profesora contreras? Desarrolló propuestas para involucrar a toda su mancha brava.

Por hechos como este la postularon al Global Teacher Prize y un jurado internacional la ubicó entre los 50 mejores docentes del mundo. Solo cuatro profes peruanos han logrado ese reconocimiento; ella es la única mujer.

Sus chicas y chicos son conscientes de sus dolencias, el vínculo con una persona con discapacidad los ha sensibilizado. Ella los anima a seguir así, para que más adelante como ciudadanos contribuyan a forjar un mejor Perú. Tarea difícil, la mayoría les va a decir que es imposible, pero ya conocen el secreto: solo deben ser como su profesora: ¡contreras! ✨

La manchita de Mancha Brava

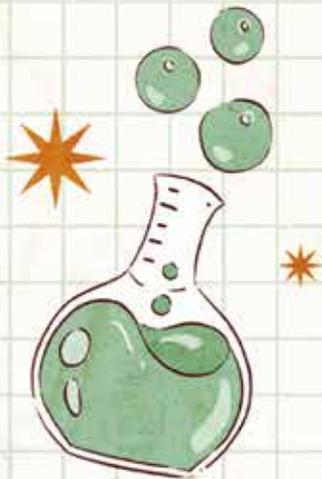
El pasado 11 de octubre, Día Internacional de la Niña, lanzamos la versión digital y gratuita de este libro. No nos podíamos quedar ahí, ¡teníamos que entrar a imprenta! Así que —como siempre— invitamos a nuestra mancha brava de lectores para que con su aporte nos permita hacer realidad esto que ahora tienes en tus manos.

¿Qué tal? ¿Te gusta cómo ha quedado? Pues este Mancha Brava se lo debemos a esta linda manchita:

Nelly Raquel Zegarra Villar
Carmen Villar Guerra
José Orihuela Espinoza
Patricia Orihuela Espinoza
Claudia Bravo
Alicia Martínez Venero
Sonia Venero Herrera
Marianna Velarde Martínez
Sonia Velarde Martínez
Ximena Querol
Miranda Querol
Mariano T. Querol
Sofía Gamarra Orellana
Fernando Reyes Quincho
Mirian Lau
Rebeca Velasco
Haru Hiraoka
Kei Hiraoka
Vasco Osaka
Cristóbal Osaka
Claudia Vega Barandiarán
Constanza Vizquerra Vega

Lucero Calderón
Lorena Carrillo
Bianca Vildoso Ocampo
Mili Blume
Valentina Marotta Barrios
Carmen Muñoz
Jorge Jiménez Muñoz
Manuel Zegarra Muñoz
Rodrigo Isasi
Mikela Isasi
Iker Isasi
Almudena Isasi
Verónica Melzi
Licette Arrese
Nuria Arrese
Aitana Arrese
María Elena Cornejo
Miriam Mazgo
Caridad de la Puente
Julia Leslie Urrunaga
Ian Leslie Urrunaga
Xavier Urios
Isabel Urios

Luna Tejada Chambers
Catalina Carbone Tejada
Giacomo Carbone Tejada
Joaquín Arranz Tejada
Santiago Arranz Tejada
Astrid Tejada Chambers
Milán Perla
Natalia Alfaro
Maia Perla
Rosa Bonilla
Pilar Núñez Ulloa
Susana Eléspuru
Anais Lalombriz
Mariela García de Fabbri
Vanessa Macher
Verónica Villarán
César Gálvez
Luisa Vidal
Antonio Gutiérrez
Mercedes Castro
Mónica Lanchipa
Daniela Alcalde
Maribel Toledo-Ocampo



“A través de relatos conmovedores y llenos de dedicación, este libro celebra el poder de la enseñanza y el impacto que una sola persona puede tener en su comunidad.

Algunas de estas educadoras han enfrentado adversidades personales, desde problemas de salud hasta el rechazo de sus familias, solo para reclamar su derecho a educar (...). Sus caminos están marcados por un compromiso inquebrantable con la educación, representando la esperanza de que cada estudiante puede superar limitaciones y pobreza con el conocimiento adecuado”.

Elsa Del Castillo

Profesora principal de la Universidad del Pacífico

